

Pepe

Batres

LIBRERIA
"CIENCIA Y CULTURA"



POR

10a. Avenida 15 77
Teléfono: 20 11 11
GUATEMALA, C.A.

JOSE MARIA MONCADA

1 9 1 0

Colección Luis Luján Muñoz
Universidad Francisco Marroquín
www.ufm.edu - Guatemala

PEPE BATRES

por JOSE MARIA MONCADA

Estudio premiado en el concurso de la Revista «ELECTRA», durante las fiestas del Centenario, con medalla de oro.

Tenía Pepe Batres cabeza voluminosa, frente alta y dilatada, ojos penetrantes, espesas cejas, pómulos salientes, nariz desaforada, como él mismo graciosamente decía de don Miguel Cornada, bigote fino, barba bien hecha, proporcionado cuello, anchas espaldas y el resto del cuerpo al parecer débil.

Era musculoso. Predominaban en él los nervios, no de los que se asustan o desfallecen a la menor sensación, sino de los recios y vibrantes, que saben llevar al cerebro y al corazón, con exactitud maravillosa, todas las impresiones, las grandes y las apacibles, las alegres y las tristes, sin perder su vitalidad y energía. Eran nervios de hombre de acción y de pensamiento, al par que de exquisita sensibilidad, como suelen ser los de un gran poeta.

Con tal naturaleza y semejante temperamento Pepe Batres pudo distinguirse en muchas cosas. Guerrero o poeta; artista de todas las artes, porque amaba y sentía la música, comprendía y describía el paisaje de manera inimitable y se iba con ojos y alma tras de todas las bellezas; pensador profundo o ligero, alegre o triste, acre y pun-

zante, donairoso y cortés, bien quisto con las damas, pulcro; altivo y digno, reservado o decidor, según las personas que le acompañaban, si íntimas, si extrañas, si educadas, si mal nacidas. Pasaba repentinamente, con un sarcasmo terrible, de la cortesía a la sátira mordaz, de la calma a la tormenta. De carácter entero, resuelto, patriota sin tacha, cumplidor de sus deberes, amante de su familia, y al mismo tiempo soñador e idealista.

Fué, pues, de temperamento bien equilibrado, raro en América y, podría decirse, raro en el mundo, porque pocos ejemplos da la humanidad de tal linaje.

Mirándole al pasar se le encontraba feo, por su nariz parecida a la de Cirano, grande, encorvada, torva; pero examinándole despacio se anulaban los defectos con la expresión liberal y noble, la luz de las pupilas, el aire digno y discreto, la frente espaciosa, de cuyas líneas parecía surgir el pensamiento hermoso y elocuente.

Y oyéndole, a diferencia del cisne que con el graznar duro y áspero destruye la belleza de su cuerpo, Pepe Batres anulaba sus defectos físicos, avasallando a sus amigos, a sus íntimos, con la melodía de la palabra y el gesto agradable y delicado.

Y cantando, porque solía y sabía entretener sus tristezas con el canto, pulsando la guitarra, sus sentimientos todos, su alma, salían al aire desbordados y subyugantes.

Muchos tienen por feo al cenizote y por dulce, sonoro y elocuente su canto; pues nada más justo que comparar a esa ave americana con el gran poeta que vamos a estudiar.

Porque es digno de estudio, no a la ligera, un hombre tal, lleno de cualidades, pulsador de la lira, tañedor de guitarra, artillero, explorador, patriota, pensador, sabio, enamorado, cantor, trovador y sensible hasta el punto de morir a los treinta y cinco años, por la lenta rotura de todas las fibras de su alma.

¿Cómo se forjó? ¿En qué medio se crió? ¿Nació genio o se hizo genio a fuerza de padecer? ¿Se parece su vida a la de todos los grandes hombres?

II

El verdadero brahma no nace sino que se hace.

Bhuda.

Leyendo sus obras conoce uno todas esas cualidades de José Batres Montúfar. Se sienten, se tocan los rasgos de su temperamento y de su alma en todo lo que dice y piensa. Existen allí las antítesis y los contrastes, los efectos tranquilos y las tempestades, la dulzura y la ironía, el sentimiento profundo, la música, la pasión guerrera, el amor liviano y el amor intenso, inextinguible.

¿Cómo no se ha de preguntar el biógrafo si todo eso nació al acaso, por predestinación, por signos que manos invisibles escribieron

en el espacio el 18 de marzo de 1809, a la hora de venir al mundo el gran centroamericano cuyo centenario va a celebrarse, o si fué forjado en el medio social, entre quebrantos y padeceres, de una manera lenta, despertando a cada día, a cada hora una sensación, un nervio, un pensamiento, una ilusión o un amor, sea el de la patria, sea el de la mujer, ora los dulces y serenos de la vida fraternal?

Para abrir esta interrogación y poder contestar a ella, era preciso buscar datos, conocer la niñez del poeta, sus primeros pasos, sus inclinaciones y sus gustos, la calidad de sus padres y sus parientes y el estado social de aquellos tiempos, sobre todo el de esta ciudad de Guatemala, cuyos aires, paisajes, y horizontes encendieron y desarrollaron semejante alma.

Mis inclinaciones a la enseñanza llevan siempre a mi espíritu por los senderos de una curiosidad insaciable respecto al desarrollo intelectual del hombre, para buscar en la vida de poetas, sabios y guerreros y de todos los que sobresalen, el verdadero origen de la inteligencia humana y la manera de su desenvolvimiento. Conservo inédita una obra reveladora de estos estudios, en la cual doy a conocer la singular semejanza que existe en el desarrollo intelectual de todos aquellos hombres que por más de un concepto sobresalieron y sobresalen del común nivel.

El sol de la tierra donde nacen, el aspecto físico y el clima, los horizontes, el paisaje y los estímulos que reciben en el hogar y en el medio social, han sido los factores de su desenvolvimiento, el acicate de su inteligencia. La piedra que encuentran en el camino, desde niños, la zarza que les hiere, la necesidad que les agujonea, las maravillas del cielo contempladas a plena luz y pleno azul, las penas, los quebrantos, las ambiciones y los ideales, todas las cosas del mundo forman al sabio, al guerrero y al poeta.

La reflexión y el sentimiento, la fiebre incesante de ascensión, encendidos en la infancia del hombre, ora por los padres, ora por la misma lucha de la existencia, son los verdaderos y únicos manantiales del espíritu humano y su progreso.

Se va encaminando el cerebro, se predisponen lentamente las células a la elaboración constante del pensamiento; se ilumina la pupila, como si saliesen del alma rayos de luz; el corazón conmovido y agitado palpita con las cosas exteriores, con los otros seres, con la vida que por donde quiera brota. Comprende entonces el hombre las verdades, las estudia en todas partes, interroga, escudriña, descifra los mismos secretos de su conciencia y el alma de los seres y las cosas. La inteligencia se desarrolla gradualmente, en toda su plenitud; y, como una máquina que desde nueva fué bien cuidada y aceiteada por su propietario, el cerebro da de sí todo lo que se le pide, alcanza lo que anhela, domina las dificultades y las miserias, y se eleva y engrandece, forjándose de esta manera el hombre de genio.

Tropieza y reflexiona; cae y se levanta, sacude el polvo e interroga los objetos o los hombres que cruzaron en el camino; escucha el rumor y se pregunta de dónde viene y a dónde va; mira el paisaje y

quiere saber quién le dió tan espléndidos colores; se detiene ante el manantial que ruéda por la quebrada y le sigue hasta el barranco que le ha engendrado. Adivina, interroga el alma de sus semejantes, de la multitud que le rodea, de todos aquellos que se le acercan, comprende sus intenciones, sus movimientos, sus gestos, la clase de alma que en ellos se ha forjado. No bien ha visto el ojo del adversario o del amigo y ya sabe de qué es el rayo de luz, la onda que de ellos sale, del interior de su conciencia. Sabe si es de paz o guerra, de amor u odio, de concordancia o discordancia en los ideales.

Por el largo y perseverante ejercicio se sutaliza la inteligencia del grande hombre y casi nada escapa a su penetración. De ahí la necesidad de conocer y escudriñar su desarrollo intelectual, las cosas y los objetos que le despertaron en la niñez, la ambición que desde aquella primera edad nació en su alma, los derroteros, los horizontes que delinearon en su fantasía.

Todos los grandes hombres se han forjado por sí solos, son autodidactos, si se me permite usar de un término que la ciencia psicológica acaba de adoptar. ¿José Batres Montúfar habrá pasado por el mismo azaroso sendero, se forjó solo, levantando el cuerpo y el espíritu de en medio de la zarza y la maleza, de entre abismos y quebraderos?

Si fué gran poeta, como lo comprueban sus versos y el decir de eminentes críticos y publicistas, ¿de qué manera y por cuáles caminos llegó a cima tal? Por la misma vía llena de quebrantos, anhelos y cesilusiones, esperanzas y tristezas, que dió luz divina a Homero, el gran poeta griego; a Platón, el más puro y el más dulce de los filósofos; a Horacio, el sencillo y elocuente poeta latino; al Dante y a Petrarca, los primeros poetas del Renacimiento, tan grandes como infortunados; a Cervantes, manco en Lepanto, esclavo en Argel, prisionero en Argamasilla, y genio de universal renombre; a Voltaire, encerrado en la Bastilla y proscrito; a Rousseau, habitante de los graneros y de la calle; y a todos los que la humanidad llama elegidos, y que no son sino mártires encendidos en espíritu y en verdad, a fuerza de pasar por todas las calamidades de este mundo y conocer todas las miserias y las persecuciones, luchando contra los elementos y las pasiones.

III

Encontré demasiado honda la pregunta y muy ardua la respuesta. Me proponía levantar a Pepe Batres y conducirlo al olimpo de todos esos grandes hombres, o colocarle siquiera en el camino, a media jornada, puesto que no pudo pasar de los treinta y cinco años de edad, época en que los grandes hombres comienzan la verdadera, la grande irradiación.

Esa respuesta era honda, no porque no estuviera yo convencido de la verdad de mis ideas, sino porque pocos hombres célebres han tenido biógrafos de la talla del sencillo e ingenuo Plutarco, sabio beocense, tan caro al género humano por la maestría inimitable con

que supo enseñar el alma y el cuerpo de los antiguos héroes y sabios, con minuciosos al par que elocuentes detalles sobre sus pensamientos y sus obras, sus ambiciones y su carácter.

Leí con empeño la biografía de Pepe Batres, escrita por Fernando Cruz y no pude encontrar en ella las fuentes que necesitaba. Vacilé, quise abandonar mi intento, y así pasaron muchos días.

Pero una mañana, departiendo con un notable escritor guatemalteco sobre la vida de Pepe Batres, le expuse mis dudas y él contestó:

Proporcionaré a usted los datos que desea

Encontré realmente lo que deseaba. Se aclaró el misterio. Mi fecha se convertía en realidad. Pepe Batres se forjó como todos los grandes hombres, tropezando, cayendo, levantándose, en medio de la cruda lucha y el azar.

Perteneció a familia distinguida. Su padre era oriundo de Guatemala y de origen español. En los tiempos de la colonia se había trasladado a España y de allá vino a Centroamérica con un cargo real, para la provincia de El Salvador.

Al pasar por Guatemala contrajo matrimonio con una descendiente de la familia Montúfar, familia connotada en la historia de Centroamérica.

De tal matrimonio nació Pepe Batres, en San Salvador, el año de 1809, a 18 de marzo, es decir, por la época durante la cual Centroamérica se agitaba con las ideas y las luchas de la independencia.

¿Cómo crearon al niño? ¿Qué cosas vió al dar los primeros pasos? ¿Qué palabras y qué ideas tomaron siquiera obscura forma en su cerebro infantil? ¿Quién lo alentaba, quién le encendía, quién engendró en él una ambición?

De esta ambición el mismo Pepe Batres nos dice algo en sus cartas íntimas, en las pocas que hay publicadas. Soñaba en su niñez con la idea de que su historia había de componer un **romance heroico**. Por manera que desde odolescente tenía el alma encendida, el cerebro en ebullición. Tuvo ideal cuando niño, entrevió en su imaginación una luz, un ensueño, algo muy amado, febrilmente amado, y en esto se halla el mayor parecido de su vida con la vida de todos los grandes poetas, pensadores y guerreros.

De muchos sabios se cuenta que sus ideales tomaron alimento y calor en el propio hogar, en el ejemplo de los padres, los hermanos, las costumbres del tiempo y el espíritu nacional.

Los gracos recibieron de Cornelia el aliento de la libertad tribunicia. En el Renacimiento Miguel Montaigne, uno de los hombres más puros y sabios, se encaminó a los entretenimientos de la inteligencia gracias a su padre, quien le rodeó de maestros de griego y de latín desde que pudo barbotar las primeras frases.

¿Por qué, pues, soñó Pepe Batres con el romance heroico?

Se puede saber por inducción. Con empleo real vino a Centro-

Por semejante camino dió Pepe Batres en las letras. El también fué a la guerra, después de haber estudiado las matemáticas y la ingeniería, de los catorce a los diez y ocho años, en una escuela de Guatemala. Nótese que sus inclinaciones se desarrollaban. Ya leía, ya estudiaba, ya era apasionado del saber, estimulado principalmente por su tío el coronel Manuel Arzú, jefe de la referida escuela.

Dos glorias, dos luces, clareaban para su cerebro en lontananza, mas ignoraba él mismo cuál triunfaría. El ardor guerrero seguía predominando; el saber apenas nacía.

Asomaba por El Salvador el enemigo. El coronel Montúfar iba a combatirle, dirigiéndose a Milingo y Mexicanos.

Mexicanos fué el Argel de Pepe Batres. Allí cayó prisionero, en compañía de sus tíos y de su amigo, joven como él, Miguel García Granados, célebre también en la corta pero agitada vida centroamericana.

Rodaron por tierra los ensueños heroicos del joven en la rota y capitulación de Mexicanos. Fué el comienzo de otra vida.

Oigamos si no cómo se expresa, en corroboración de esta verdad, su compañero y amigo, García Granados:

«La necesidad hace al preso estudioso y reflexivo... Los Montúfares tenían buenos libros y yo todos los leí. Como algunos de éstos estaban en francés, que yo entonces no entendía, Pepe Batres me dió lecciones de traducción y yo en pocos días pude leerlos. En cambio yo le daba de inglés, y admiré la facilidad y prontitud con que aprendió a traducir esa lengua. Cuando yo leía y estudiaba, la amena conversación de los Montúfares tenía para mí gran atractivo. Con Pepe Batres jugaba diariamente una partida de ajedrez, entretenimiento en el cual admiré siempre su rara inteligencia, porque aunque al principio yo era más fuerte que él, en poco tiempo se hizo casi de mi fuerza.»

Este recuerdo de su contemporáneo y compañero abre una ancha vía para la investigación. **La amena conversación de los Montúfares tenía para mí grande atractivo;** en consecuencia, puede cualquiera comprender y conocer la clase de maestros que tuvo en su niñez y en la cárcel el poeta. ¡Cuánto le conversarían, cuánto le encenderían, qué rumbo darían a la imaginación del nuevo soñador, caído del cielo de su fantasía en tan temprana edad!

Habíale enseñado el galano historiador y soldado valeroso, Manuel Montúfar, el francés, y tan aprovechado fué como discípulo que luego a su vez se convirtió en maestro de García Granados.

Tenían buenos libros los Montúfares y se entretenían en leerlos. Se debe presumir con toda razón, en consecuencia, que la niñez de Pepe Batres se había pasado también entre esos libros y bajo el agradable influjo de esa misma conversación amena e instructiva, elocuente, despertadora de las inteligencias infantiles.

Con este antecedente se ve claro el desarrollo intelectual de Pepe Batres, a semejanza de lo que se refiere del fundador de la religión

china, Confucio, quien se crió entre familia de legisladores y de esta manera supo convertirse en el gran legislador de su raza.

Por idéntico camino se iba encendiendo en el poeta otro ideal, y modificándose su ensueño del romance heroico.

En la prisión, obligado a permanecer entre sus tíos y García Granados, leyendo y reflexionando, forjábese por sí mismo, en el mejor modo de forjarse que puede tener la criatura humana, padeciendo privaciones y humillaciones, con todo lo cual se desarrolla el sentimiento, principio y germen de la poesía verdadera y del esfuerzo singular y denodado.

«Se le quitaron los criados, dice el inteligente biógrafo, cuyo verdadero nombre guardo por querer de él, y se le cerraron las ventanas.»

Lo que equivale a decir que se aumentaron las fuentes de reflexión para el joven poeta. Su sensible corazón entró de lleno en las exquisiteces del sentimiento; su cerebro en la luz, en el hábito de pensar. Lubrificóse, por decirlo así, su máquina cerebral, dando principio al movimiento interminable de las ideas que caracterizan al hombre de genio. Ya no se pararía esa máquina, ya no tendría punto de reposo. Pensando siempre, sintiendo y comprendiendo, reflexionando de continuo sobre las cosas de los hombres, sin más descanso que las horas del dormir, había de utilizar el poeta su inteligencia de manera que todo le fuese comprensible, los seres y las cosas, las alegrías y los dolores. Con esto llegaría época fácil para la producción literaria, para el desbordamiento de su pluma. Porque en el pensar, todo el trabajo se parece al de las gotas de agua cristalina que penetra en la superficie de la tierra. Buscan una salida, una cuenca por donde romper y una vez encontrada, el manantial por fuerza natural se precipita en el valle y en la ancha vertiente, hacia el océano. Así se desbordan los pensamientos en el hombre, después de penetrar por impresiones en las células cerebrales. Comienzan éstas a vibrar y llega el día en que el torrente es incontenible, y las ideas brotan, surgen, irradian y llenan la atmósfera espiritual del mundo, especie de océano inmaterial.

Fueron, por consiguiente, muchos y poderosos los estímulos de su exquisita sensibilidad y de sus sentimientos poéticos; pero sin duda, el más poderoso fué la desgracia. Esto viene a confirmar otra verdad exacta de la Psicología. Las penas y las miserias humanas iluminan más al hombre durante su juventud. El viejo cosecha los frutos que ha ido atesorando desde niño. El cerebro joven es más puro, más apto para recibir la luz y guardarla.

Todos aquellos que con algún motivo previo de su entendimiento padecieron largas y tristes prisiones, en oscuros y sucios calabozos, escuchando el ruido de llaves y cerrojos, la dura voz del carcelero, el golpe de culatas en la puerta, comprenderán sin esfuerzo la verdad de estos conceptos; y a nadie causará admiración el hecho de que las épocas de crisis y de dolor para los pueblos han sido siempre engendradores de grandes hombres.

Guardado el perseguido entre paredes infranqueables, o estimulado en el destierro por el recuerdo de la familia y del sol que alumbró su cuna, de todos aquellos seres que depositaron en su frente de niño dulces besos; prisionero o proscrito, triste, pensativo, tocándose la frente que arde, el corazón que se estremece, da en pensar con elocuencia, con facilidad que maravilla. El mundo va apareciendo ante sus ojos como un paisaje alumbrado por toda la luz del sol y los contrastes del firmamento; las pasiones humanas surgen claras y delineadas del fondo misterioso e inexcrutable.

Decir que las prisiones fueron para Pepe Batres un gran bien, como para el gran Cervantes, con cuyo ingenio podrá compararse en grado relativo el de nuestro poeta, parece una paradoja, pero no es sino una gran verdad. El paralelo entre esos dos hombres presenta muchos caracteres de semejanza, principalmente en el ardor heroico que en sus mocedades a ambos animó, y en el rumbo que después de la prisión tomaron sus ideales. Los dos fueron de ingenio satírico, al par que sentimental, porque el hombre que mucho padece las pequeñas miserias humanas, es siempre apto para las dos manifestaciones, para la alegría y el dolor. Siente las cosas con tal intensidad que luego las describe en sus obras sencilla y elegantemente.

Sin esas prisiones Pepe Batres habría sido menos grande, menos poeta, menos capaz de comprender el corazón humano; como Cervantes no hubiera podido escribir el Quijote, si no lo hubiera padecido primero en su azarosa y combatida vida. Ninguna biografía retrata mejor a Cervantes que su misma obra, la cual en verdad no es otra cosa que una autobiografía, una sátira que el manco inmortal escribió contra sí mismo y contra el género humano, cuya alma supo él comprender examinando la suya propia.

Los vencedores en Milingo y Mexicanos marchaban sobre Guatemala. Léase lo que respecto de los sucesos que atañen a la vida del poeta dice en uno de sus artículos el escritor ya citado:

«La toma de la plaza de Guatemala celebróse en San Salvador con mucho entusiasmo: las manifestaciones de pública alegría terminaban con alguna cencerrada a los prisioneros o **capitulados**, como se les llamaba, y con algunas muertas, especialmente al coronel Montúfar.»

Por manera que escuchando el eco de las pasiones políticas desbordadas, sintiendo la gravedad de la situación, los prisioneros reflexionaban más y más en los acontecimientos y en la miseria de estas luchas y combates fratricidas. Tales reflexiones debieron ser un manantial espiritual para los dos cerebros más jóvenes que en la cárcel se hallaban: Pepe Batres y García Granados. Y por una singularidad, ya notada en el curso de estos estudios y que viene a comprobar con mayor fuerza las verdades de la ciencia psicológica, esos dos cerebros fueron grandes en su género: uno en las letras y otro como político y tribuno.

Al mismo tiempo, con la toma de Guatemala y el saqueo que padeció, cayeron prisioneros muchos personajes de la ciudad, entre otros

el anciano padre de Pepe Batres, don José Mariano Batres Asturias, quien además, perdió sus bienes y toda esperanza de recobrarlos.

De una a otra cárcel, de San Salvador a Guatemala, padre e hijo pensaron de continuo en sus desgracias. Para el joven aquello era inesperado, el sepulcro de ilusiones y ambiciones apenas nacidas, la ancha herida del alma, incurable e inenarrable. Sus sentimientos acrecieron, su corazón se hizo cada día más sensible.

El contraste entre su vida de niño y adolescente, pasada al calor del hogar, con el agasajo de sus padres y tíos; y esta otra vida que se presentaba dura y misera, perseguida, amargada por el furor de las pasiones y las venganzas, fué sin duda para Pepe Batres, bien sensible y dolorosa.

En el hogar le habían despertado sus padres y sus tíos con solícito afán y en la escuela, el coronel Arzú, quien por los lazos de la sangre más se empeñaba en la educación del niño.

Y con la caída, ¿qué desconsuelo?, ¿qué despertar?, ¿qué horror hacia las pasiones políticas y las contiendas civiles?, ¿qué recuerdos tan amargos contra Morazán y los vencedores?

El mismo biógrafo agrega: «Los vencidos, en los primeros años que siguieron al de 1829, eran víctimas de los denuestos que sobre ellos descargaban incesantemente los vencedores en sus publicaciones: más o menos arruinados y teniendo que lamentar el destierro de uno o más miembros de su familia se consideraban *parias* en aquella sociedad; no concurrían a ninguna diversión pública y sólo trataban entre sí. Fácil es comprender el aislamiento en que, dadas esas circunstancias, viviría nuestro poeta, durante los cinco años de su residencia en la Antigua Guatemala.»

Porque apenas se dió el decreto de destierro contra los prisioneros de San Salvador, Pepe Batres, que sin duda por extrema juventud no entró en el número de los expatriados, apresuróse a volver a Guatemala, no sin escribir en un paseo de campo de Sonsonate una de sus primeras composiciones, 1829.

Ya salía, pues, de la cárcel con otra vocación. El sentimiento había triunfado. El guerrero quería dejar la espada cambiándola por la pluma. Los libros leídos en la cárcel habían consumado la buena, la grande obra, y los acontecimientos despertado las fibras sensibles, una vená de poesía inagotable.

Y ya que se habló en las líneas anteriores de los dos notables centroamericanos García Granados y Pepe Batres y de su desarrollo intelectual en épocas de crisis y trastornos políticos, justo es recordar el medio ambiente de aquel tiempo y ampliar con el recuerdo la verdad de que tales épocas son siempre propicias a la formación de grandes hombres. Grecia, por los tiempos de Cimón y Aristides, de Pericles y Epaminondas, Demóstenes y otros hombres célebres, durante épocas que fueron de contienda, brillo singularmente en las artes, las ciencias y la literatura; Roma, cuando los Gracos, los Césares y Cicerones, dió igualmente al mundo gloria y luz; Inglaterra, en los tiempos de Cromwell; Francia durante la Revolución; Estados Unidos de América en la

guerra de la Independencia; todos los pueblos y naciones despiertan y se encienden con la sugestión del medio ambiente; y si examinamos la modesta historia centroamericana y sobre todo del año 29 y los siguientes, la ley se comprueba con abundancia de hechos, singularmente trascendentales para la Psicología.

Lejos de ser verdad lo que deslumbrados escritores dicen respecto de aquella época, considerándola como oscura y retrógrada, no hemos conocido otra en Centroamérica mayormente productora de sabios, pensadores y poetas; y por cierto es larga e ilustre la lista de nuestros progenitores intelectuales, a quienes no hemos sabido comprender.

Los Aycinenas, los ya citados Montúfares, el coronel Manuel Arzú, los Arreynagas, Cecilio del Valle que en cuanto a carácter y dignidad dejó mucho que desear, y otros tantos hombres célebres centroamericanos, en esos días luctuosos supieron honrar la patria, las letras y las armas.

Del coronel Manuel Montúfar puede asegurarse que fué uno de los historiadores más distinguidos de Centroamérica, hombre de carácter entero y de arrojo singular; y que no nos duelan prendas en confesarlo, porque sobre las pequeñeces y miserias de la política se halla la justicia y principalmente la honra de Centroamérica, que a todos por igual nos interesa.

La poesía se cultivaba entonces aun en las reuniones familiares. Siguiendo, por ejemplo, el desenvolvimiento intelectual de Pepe Batres, que es el objetivo principal de estos estudios, se sabe con exactitud que a causa de las relaciones íntimas que desde joven hizo con García Granados, frecuentaba la casa de esta familia, brillante por sus costumbres e ingenio.

Allí se hablaba de los acontecimientos centroamericanos y de las cosas de la vida, con donaire y gentileza, al par que desenvoltura, todo lo cual campea de manera espontánea en las obras de tan notable círculo de damas y caballeros, gentiles y bien nacidos; aunque un poco livianos en el hablar y en el amor.

De esta mezcla de donaires y liviandades tomó estilo Pepe Batres. En ese medio se crió y haciendo o improvisando versos en las reuniones desarrolló la abundante fuente que más adelante el lector verá correr como caudaloso río que no tiene valladar.

De igual manera hizo relaciones íntimas el poeta con Pepa García Granados, inspirada poetisa y compañera suya en muchas producciones que SOTTO VOCE circulan todavía entre alegres y vividores guatemaltecos.

En esta faz de sus obras, puede considerarse Pepe Batres como representante genuino de los gustos y modales que en todos los géneros de ciencias y de artes reinaban en la brillante sociedad guatemalteca de aquellos tiempos.

Fueron los años de oro de nuestra historia. Para conocerlos léanse las obras del poeta y compréndanse las verdades establecidas con respecto de la influencia que en todos los hombres tiene el medio ambiente en que se educan.

Todavía se reunían entonces, como entre los romanos y los griegos, las familias alrededor del hogar, para oír y festejar las narraciones poéticas de los jóvenes, sus ensayos, sus dichos y agudezas. Con estos estímulos la poesía se desarrollaba fluida y abundante.

* * *

VI

Podría decirse que esta ley sociológica encierra una profunda y dolorosa ironía. Para sobresalir con verdadero genio es preciso padecer. Pero no por eso es menos grande la certidumbre de la ley. Las grandes contiendas, los azares, los peligros, el temor de una conquista, o el grito de independendencia, son para los pueblos y los hombres verdaderos estímulos y acicates.

Por esta causa nadie ha de temer cobardemente la venida de las épocas de prueba. Al contrario, debemos penetrar en ellas con paso firme en la seguridad de que tales contiendas retemplarán el alma nacional, echando las bases de la nacionalidad. Querer ahorrar penas y zozobras a los hombres como a los pueblos, equivale a destruir la personalidad humana y el concepto del patriotismo, tan necesario a la constitución de un Estado. Tengamos por cierto y evidente que no quiere nuestro desenvolvimiento y que trata de aniquillarnos, consciente o inconscientemente todo aquel que pretenda poner coto a nuestros esfuerzos y trabajos, arrancándonos por fuerza de la vía dolorosa de la experiencia, única directora de la conciencia, del saber y del progreso.

Sentadas estas verdades, es fácil comprender el desenvolvimiento intelectual de Pepe Batres y de sus contemporáneos, los García Granados, los Millas, Molinas, Marures y tantos otros que honran a Guatemala y por reflejo fraternal a todo Centroamérica; y de manera clara se comprueba que los centroamericanos hacemos mal en desconfiar de nuestro propio esfuerzo, puesto que todos los pueblos pasan por períodos inenarrables de crisis y de dolor. Se forja de esta manera con fino temple el alma de los hombres y por consecuencia el alma de la nación, que es siempre la suma de las almas individuales. Si el árbol no se desarrolla en medio de los vientos, carece de la resistencia necesaria. Cada sacudida del huracán engendra la savia, en las raíces una fuerza vital, una tendencia biológica. Se agarran los raigones al suelo, y el árbol crece majestuoso y soberbio, como en voluntad y talento se desarrolla el hombre cuando vive entre azares y quebrantos.

Así se forjan las grandes almas, bronceadas, aceradas. De igual manera se forjan los grandes poetas; y por esto dijo el sabio Bhuda que EL VERDADERO BRAHMA NO NACE, SINO QUE SE HACE, con lo cual destruía las creencias supersticiosas de los indios, quienes señalaban a los brahmanes un origen divino.

El desarrollo intelectual del hombre es, por consiguiente, hijo legítimo de sus impresiones y sensaciones, de la relación más o menos múltiple que en su ser producen todas las manifestaciones del mundo exterior. Ver y sentir mucho, interrogarlo todo, fué siempre el quehacer de los grandes pensadores y poetas. Mientras mayores son esas relaciones psíquicas y más abundante el manantial que afluye al cráneo y al corazón, más inteligente y más apto se forja el hombre, más luz produce, mayores y profundos pensamientos concibe, y con mayor facilidad los manifiesta, ora por la palabra, ora por la escritura. No se sabe de alguno de los grandes poetas que no haya entrado de lleno, desde su niñez en la ruda lucha de las pasiones y los dolores, por lo cual ya no se puede decir que haya algo superfluo en el mundo. Todo es bueno, todo sirve, todo contribuye al perfeccionamiento humano y a la vida.

Padecen los grandes hombres, observan, viajan, estudian la naturaleza y el corazón humano, no solamente en las obras de sus predecesores, sino también en el conjunto total y armonioso de los elementos, en la vida misma de los seres y las cosas. Admiran lo bello y lo grandioso, se recrean, se deleitan en el paisaje, en la poesía divina de los campos y las aguas, en la playa del mar y en la montaña.

No escapó Pepe Batres a semejante ley. Encendióse su cerebro en el medio ambiente, en las múltiples impresiones de su vida. Se hizo gran poeta a fuerza de sentir y padecer.

La pérdida de sus bienes produjo en su cerebro efectos parecidos a los que indujeron en Grecia a Demóstenes a perfeccionarse en la oratoria; mas como se agregaron las prisiones y las persecuciones, el poeta centroamericano se hizo más sensible que luchador, más generoso que vengativo. Vió claro en las cosas de la vida, supo lo que valen honores y preeminencias, el amor y la gloria y las grandes pasiones; y de la honda reflexión brotó la poesía, llena de sensibilidad y de exquisito gusto.

Otro hombre de la antigüedad, además de Cervantes, el poeta Horacio, modificó sus anhelos de gloria de la misma manera que Pepe Batres y por idéntico motivo. Perdió sus bienes, y ya no pensó más que en sacar de su cerebro los frutos recogidos en los viajes y en el

Me río ingenuamente de lo que dicen algunos de los biógrafos de estudio, por los cielos de Grecia, tan puros y tan inmortales.

Me río ingenuamente de lo que dicen algunos de los biógrafos de ese gran latino, al considerar que en los manantiales del verso griego bebió la inspiración. En la sola lectura nadie ha bebido grandes cosas, nadie ha sentido el alma viva de la poesía. En la dura experiencia, en los viajes, en la contemplación de la naturaleza se comprenden lo bello y lo sublime. Por eso en nuestros tiempos la poesía se resiente de amaneramiento, de inconsciencia, abuso de palabras e imágenes pálidas y deformes; y no demuestra sentimiento alguno. Es un simbolismo, no la expresión sincera de los afectos del alma, como lo fué

en los antiguos poetas, y como lo fué en Pepe Batres, nuestro inolvidable poeta.

Al volver de la prisión, traía el amargo sabor de una larga cárcel, de privaciones sin cuento, y en su alma un profundo disgusto contra sus enemigos.

Esto es perdonable y disculpable; no hay hombre que pueda sustraerse a las pasiones, sobre todo en la juventud. ¡Cómo no se ha de sentir dolor con los recuerdos aciagos y las amarguras padecidas! Confunde uno la misma tierra con los hombres; el cielo y el horizonte que entenebrecieron nuestro cerebro aparecen siempre, en visión retrospectiva, sangrientos y negros, de puro horror que nos inspiran y de igual modo miramos a los seres que sin tregua amargan nuestra vida.

Después del año 29, recién salido de la prisión, retiróse nuestro poeta a la Antigua Guatemala. En ella recibió otra influencia espiritual, la del paisaje, tan bello y sugestivo en esos lugares. Fueron la fuente pura y tranquila del Virgilio centroamericano, el P. Landívar, anterior a Pepe Batres; y durante cinco años despertaron y cultivaron el talento de este último, como se comprende con la lectura de la oda AL VOLCAN DE AGUA, en la cual campean las bellezas y colores del paisaje.

En la arruinada ciudad vivía con su hermano Juan, entretenido en solitarios paseos, en las márgenes del Pensativo. Así se expresa el citado biógrafo al hablar de esta tranquila vida del poeta:

«El amor de la naturaleza se despierta en el ánimo del poeta en aquel edén patrio; goza en sus solitarios paseos al nacer el alba por el riente y ameno valle:

«que en su tortuosa y rauda travesía
el Guacalate con sus ondas baña;»

escucha embelesado los gorjeos del sensontle en el bosque vecino; se recuesta en el césped que orla las orillas del arroyo, que se conoce con el nombre de El Pensativo y alguna vez asciende hasta el vértice del Volcán de Agua, que domina millares de horizontes, que huella la cumbre de los Andes, que

de cien montes las cimas encumbradas,
«mira a su falda avasalladas

Para el hombre de genio el ascender sobre las alturas del planeta equivale a escalar las cimas de la inteligencia, a forjar los grandes pensamientos, abriendo ancho campo a la imaginación y al sentimiento. Tal aconteció a Pepe Batres, quien en la oda citada y en otras de sus composiciones, como LA TRANQUILIDAD, dió a conocer a sus contemporáneos toda la serenidad de espíritu del sabio y todo el influjo que semejante vida ejerce en el desarrollo intelectual del hombre.

Además de estos estímulos tuvo Pepe Batres su afición al canto

y a la música, con la cual solía distraer sus penas y amarguras. En esto puede compararse, por modo relativo naturalmente, la facilidad de su versificación con la del viejo Homero, discípulo y sucesor de Fomiso en la escuela de canto de Smirna. Con el arte de la música, exquisita de suyo crece doblemente el numen del poeta y el verso es cadencioso, inimitable.

Porque la poesía no es más que una música del alma, de las palabras y el sentimiento. Es una cuerda sonora que sale del corazón y vibra en los labios y en los versos, herida por las impresiones de los seres y las cosas. Es un acorde en forma de pensamientos, ideales y recuerdos.

El alma de Pepe Batres despertada por tantas y tales influencias se hizo contemplativa, compuesta de dolor y alegría, de ambiciones comprimidas, ahogadas. Pronto a la sátira, al donaire o al dolor, por haber conocido desde temprana edad todas las impresiones. No son pocos sino muchos los poetas de este género, los cuales han sabido llorar riendo, sentir hondo y pensar hondo, sentir a la ligera, reír y pensar burlando. Son aptos para todo. En esto principalmente se parece mucho Pepe Batres a Cervantes y a Larra.

Cuando llegó a la Antigua tenía nuestro poeta en su cráneo la sacra fuente. En su cerebro se almacenaba la poesía, desordenada tal vez e informe, como una corriente de agua que busca abertura y cauce por donde salir. Sólo faltaba deshilar los versos, como de una madeja, sacando la hebra, abriéndola con el paisaje, humedeciéndola con las lágrimas del recuerdo. Esta fué su labor en la derruida ciudad, cerca de los silenciosos muros que el tiempo carcomía, del arroyo que sin cesar murmura canciones de eternidad. Ningún paraje más bello que ese, según el sentir de su biógrafo, para el engrandecimiento de tantas bellezas y de poesía tal.

De todo esto a concluir que el genio se forma en este mismo mundo perecedero y que de lo alto no señalan a nadie—que sería injusticia notoria—una cumbre desde la cual ha de irradiar, no hay más que un paso. El hombre mismo, por los azares y los quebrantos, arrojado y traído por los acontecimientos, impelido por una fuerza interna que le sembraron en el alma, en los días de su niñez, asciende y triunfa.

Todo se forja en el mundo. Vivimos en medio de las sensaciones y las impresiones; y si no todos podemos alcanzar la grandeza, sin duda alguna se debe a esa misma inmensa variedad de caracteres, de seres y de cosas. Nos separamos del sendero a cada paso, desfallecemos, abandonamos cobardemente la empresa comenzada. En unos falta la fe, en otros la perseverancia, en muchos el estímulo, la fuerza, la vida. En aquellos no encendieron los padres, a tiempo, un ideal ni una ambición, confianza en el esfuerzo propio; en estos la sociedad misma ejerce el oficio de verdugo, ahogando al nacer toda esperanza, pues si es verdad que aún la fuerza bruta contribuye al despertamiento del hombre, también es cierto que se necesita de temple para resistirla y corazón para vencerla.

VII

«Poco a poco los odios se fueron mitigando. Las prendas de Batres Montúfar, a pesar de su retiro, no pasaron del todo inadvertidas a las personas de importancia que dirigían los asuntos públicos. En el año de 1837 el gobierno le confirió grados militares en el cuerpo de artillería, de que era capitán, y al terminar el servicio le envió, como adjunto al señor Juan Bally a la comisión para explorar el río y canal de Nicaragua.

Este acápite, rigurosamente histórico, presenta a Pepe Batres desde otro punto de vista, no estudiado todavía. Era ingeniero, conocía las matemáticas, es decir, las ciencias exactas y la poesía con cierta profundidad. Pudo ir y fué a explorar ríos y canales, a sondear ~~rápidos~~ y ensenadas, a examinar las caudalosas corrientes del San Juan.

Mas nunca hubiera previsto que semejante expedición había de costar muchísimo a su alma; que en lejanos parajes se romperían las fibras últimas de su pecho, por la muerte de su hermano Juan, a quien adoraba y con quien había vivido en la intimidad de la sangre y del espíritu. Juntos vagaron por las orillas del Pensativo, y las ruinas de la vieja ciudad, cazando a las veces, cogiendo flores por el campo o contemplando en el silencio de la noche el titilar de las estrellas y durante las mañanas la venda blanca con que suele cubrirla el Volcán de Agua.

Para comprender la tristeza del poeta basta leer su composición intitulada AL SAN JUAN:

De fieras poblado de selvas cubierto
que vieron erguidas cien siglos pasar,
allá en Nicaragua se extiende un desierto.
Su historia... ninguna! su límite... el mar!

Montañas sin nombre las nubes asaltan
del yermo lanzadas do esconden el pie:
sus faldas en vano de verde se esmaltan,
de alfombras se cubren que el hombre no ve.

No guarda en su seno ni mieses ni flores,
no viste sus valles de espléndidas galas,
no danzan en ellas ni cantan amores
apuestos donceles con lindas zagalas...

.....

Tu nombre tenía mí amigo, mí hermano,
sobre él derramaste tu odioso veneno
apenas bebiendo su aliento lozano
el hálito impuro que brota su seno.

¡Por él te maldigo! ¡por él te saludo!
 mis lágrimas guarda maldito desierto;
 de prados, de mieses, de flores desnudo,
 de fieras poblado, de selvas cubierto.

Las imprecaciones son terribles. La aridez del paisaje se intensifica en su corazón. Nada bello, nada hermoso pudo ver, porque los ojos se negaban, entre la turbiedad de las lágrimas, a contemplar los espacios, por su aspecto hermoso.

Vuelve el poeta desgarrado a Guatemala, no a la Antigua, cuyas ruinas y paisajes le habrían torturado más el corazón. Las contempló en tiempos mejores. No quiso contemplarlas más, pues que su alma descubría por doquiera los recuerdos y las huellas de don Juan, su adorado hermano.

El mismo profundo sentimiento revela la poesía YO PIENSO EN TI, escrita bajo las dolorosas impresiones de un amor imposible y desgraciado.

En esta situación de su vida el poeta guarda semejanza con la de muchos poetas antiguos y modernos. El Dante y el Petrarca, Byron y Espronceda llevaron vida parecida por largos días de su existencia. Unos de ellos encontraron alivio en su pasión y otros fueron siempre infortunados.

Sin duda por esta singular semejanza de situaciones psíquicas, Batres Montúfar se aficionó a las poesías de Byron, a quien cita de continuo en sus cartas íntimas.

Guardó Pepe Batres el secreto de aquel amor, como lo hubiera podido hacer un caballero medio eval, y no pudiendo evitar que saliera de su alma el místico efluvio, dibujólo en el papel, con caracteres de sentimiento y de dolor. En la poesía se adivina la honda amargura, y él mismo dijo a uno de sus contemporáneos, que durante tres años la había tenido en el alma, FIJA, SIN TREGUA, A TODA HORA. Parece que se resistía a escribirla, que deseaba borrarla de su cerebro, que de continuo se pasaba la mano por la frente para destruirla, pero no pudo, y la dió a luz.

Permítaseme reproducirla:

Yo pienso en ti, tú vives en mi mente
 sola, fija, sin tregua, a toda hora,
 aunque tal vez el rostro indiferente
 no deje reflejar sobre mi frente
 la llama que en silencio me devora.

En mi lóbrega y yerta fantasía
 brilla tu imagen apacible y pura,
 como el rayo de luz que el sol envía,
 al través de una bóveda sombría,
 al roto mármol de una sepultura.

Callado, inerte, en estupor profundo,
 Mi corazón se embarga y se enajena,
 y allá en su centro vibra moribundo
 cuando entre el vano estrépito del mundo
 la melodía de tu nombre suena.

Sin lucha, sin afán y sin lamento,
 sin agitarme en ciego frenesí,
 sin proferir un solo, un leve acento,
 las largas horas de la noche cuento
 Y pienso en ti!

Hay en estas notas sentimiento, profundidad y dulce rima, suave música del alma. Guarda la pasión, la encierra, la estrecha ~~contra~~ su propio pecho. Pone sobre el rostro, por esfuerzo de su voluntad, la expresión inerte y fría. Las largas horas de la noche cuenta y piensa en ella, SIN LUCHA, SIN AFAN Y SIN LAMENTO, FIJA, SIN TREGUA, A TODA HORA.

Solamente quien tenga en su corazón, guardado; como tesoro, un amor inmenso, entrañable, puede ser capaz de escribir con tal intensidad, locura y desvarío.

Por un lado el desierto le arrebató al hermano; por otro le dejaron yerta el alma, sin la bella mujer, tan soñada y purificada por su fantasía.

No importa mucho averiguar quién fué esa mujer, como se averiguó de aquella que condujo al suicidio a Mariano José de Larra. Batres Montúfar fué más fuerte que el gran español; mas se comprende que a causa de sus desgracias pensó mucho en la muerte, en el aniquilamiento absoluto, y se comprende más leyendo las estrofas de su composición sobre el suicidio, en la cual no se sabe si lo aprueba o lo desaprueba. A pesar de la gracia y el donaire, hay en ella cierto fondo de amargura:

Si el matarse es cobardía
 o si es arte de valor
 es cuestión que con furor
 se discute cada día.
 es lo que decir no puedo;
 Si es prudencia o tontería
 pero afirmo con denuedo,
 ya que de afirmar se trata,
 que es cobarde el que se mata
 cuando se mata por miedo.

El alacrán se suicida
 cuando lo cercan de fuego;
 se suicida el topo ciego
 de un golpe o de una caída.

También se quita la vida
 la mariposa en la llama;
 buscando lo que más ama
 se mata el hombre enviciado,
 y con un corsé apretado
 suele matarse una dama.

.....

Puede creerse con bastante fundamento, por la relación que tienen con las situaciones de alma del poeta, que esas composiciones fueron escritas en el espacio de tiempo comprendido entre los años 37 y 40 de los cuales pasó una parte el poeta en Amatitlán como corregidor del departamento.

Por estos años reinaba todavía la anarquía en Centroamérica. Carrera se había levantado al frente de sus huestes. Penetró en Guatemala y desde allí desafió el poder del general Francisco Morazán, quien por segunda vez se propuso restaurar la Federación, entrando en tierra guatemalteca y poniendo sitio a la capital, el año 40, en el mes de marzo.

En esta jornada renacieron los ímpetus guerreros de Pepe Batres. Los días 18 y 19 de aquel mes pasólos peleando bizarramente en las calles de Guatemala. Se alzaron del fondo de su alma los recuerdos de la prisión que a causa de Morazán sufriera el año 29. Odiaba al hombre, le odiaba con todo el fuego que en su pecho encendieron las amarguras, las prisiones, los destierros impuestos a la familia, principalmente a los Montúfares. Ante el invasor creció el poeta como gigante. No fué en esa hora suprema cual otro Horacio, el latino, quien huyó cobardemente de los campos sangrientos de Filipo.

Al contrario, peleó con tal denuedo que el gobierno de Carrera, triunfante, le condecoró con una medalla, cuya leyenda decía: AL MÉRITO Y AL VALOR.

Es preciso examinar la vida de Batres Montúfar desde este otro punto de vista, simpático por demás. No le impulsaba el separatismo, sino la patria, puesto que dos años más tarde poco más o menos consagró su grande amor a ella con la siguiente estrofa que merece la inmortalidad:

¡Cara y desventurada patria mía!
 con razón barre el polvo tu diadema
 con razón tu existencia es agonía
 con razón tu destino es anatema.
 ¿Por qué no dejas la fatal porfía,
 por qué no abjuras del mortal sistema
 de hacer que el sabio en un rincón se oculte
 y en la inacción su mérito sepulte?

No entró a examinar la calidad de los versos, sino la calidad be-

lísima del sentimiento. El patriotismo del hombre erige en la propia estrofa su pedestal; y por ella se comprende bien que ese gran amor de la tierra, cifra y resumen de todas las glorias de un Estado, le guió desde adolescente a Milingo y Mexicanos, ya hombre al San Juan, y mayor de treinta años a las jornadas de la plaza de Guatemala, en la cual luchó y venció, al lado de Carrera, no sólo por el odio mortal contra el jefe hondureño, sino por la tierra guatemalteca y sus hogares pisoteados.

Mírese, en consecuencia, en Pepe Batres, al patriota también. Es preciso hacer justicia, para que el aire caliginoso de las pasiones políticas vaya enfriándose, bajo los influjos de la verdad, de la razón y del deber, el cual aconseja mirar primero por la patria y en último término por las tierras ajenas. Es la gradación de las verdaderas nacionalidades. Comienza el sentimiento y el amor en la propia tierra que nos da alimento, bajo el sol que alumbra nuestra cuna. No se puede alterar el orden social. Son leyes biológicas éstas, que la naturaleza misma regula llenando nuestros corazones con los horizontes y paisajes que durante la infancia hemos contemplado.

¿Peleó como liberal? ¿Peleó como conservador?

Holgárame de ignorarlo, para contribuir con el silencio al olvido de las pasiones que no solamente han hollado la vida, sino también el sudario de la patria.

Peleó por patriota, y esto basta; es la gran causa. Defendió la tierra por ser suya, su hogar por ser su hogar, porque nadie tiene derecho a entrar a saco en lo ajeno, ni en nombre de grandes ideales.

Con esa conducta se honró él, honrando también a Guatemala y por reflejo a la patria mayor, Centroamérica.

VIII

Las principales obras del poeta fueron sin duda escritas en el período de tiempo comprendido entre el referido año 40 y el 9 de julio del 44, fecha de su muerte.

El lector descubre en ellas desde el primer momento una cualidad singular: la cadencia. El verso es flúido, armonioso, musical.

En Pepe Batres es muy lógica esta cualidad por lo que ya se ha dicho, que solía tocar la guitarra y cantar, y se sabe también que componía piezas musicales. Era en verdad un trovador. Muchos de sus versos los escribió para el canto y él mismo componía la música, con mucho gusto artístico, según el decir de sus contemporáneos.

Además de esto, el poeta se creó en Guatemala, tierra aficionada a la música y al canto desde tiempo inmemorial. Procede este gusto del carácter de los viejos conquistadores españoles y de la raza indígena guatemalteca. Esta raza es también artista, aficionada a la chirimía y a la rítmica marimba.

No por predestinación de los zutuhiles y cachiqueles existe en ellos esta afición a la música, sino por la tierra y la naturaleza misma de los campos guatemaltecos. Los primeros tienen su rumorosa ca-

dencia. El viento resuena entre el ramaje y los pájaros cantan con grata melodía. Esto lo ha ido aprendiendo el indio hasta el punto de convertirlo en temperamento, idiosincrasia de nuestros pueblos.

Estudiando un poco el carácter de la ciudad de Guatemala, en la cual pasó su adolescencia el poeta, se comprende también el modo donairoso y pícaro de las poesías que más adelante se leerán. Tienen los guatemaltecos suma afición al chiste y a la agudeza, y corren entre ellos, de boca en boca, cuentos parecidos a los de **EL RELOX Y LAS FALSAS APARIENCIAS**.

Como la primera juventud de Batres Montúfar fué alegre y tal vez liviana, el poeta sintió mayormente las desgracias que le hirieron después de los diez y ocho años; pero por fuerza de su temperamento alegre, las tristezas, si le herían hondamente, alternaban con la alegría y el buen humor. Ambas manifestaciones del espíritu tuvieron en él cabida, como sucede con todos los hombres extremadamente sensibles. Ríen o lloran con suma facilidad, y aún padeciendo de honda amargura son capaces de conocer el lado ridículo de todas las cosas.

El mismo poeta nos demuestra la verdad de estas observaciones, con el dejo de tristeza que se nota en los mismos versos alegres. Se interrumpe a cada paso y se pregunta el por qué su musa está a las veces alegre y otras triste:

Yo quisiera saber en qué consiste
que en el curso de un día está mi mente
unas veces alegres y otras triste;
como mujer fantástica y demente,
que de luto y de púrpura se viste
mudando de color continuamente.
No llego a conocer mi fantasía
y las ajenas... menos que la mía.

Nada de extraño tiene semejante cualidad. En el mundo andan el placer y el dolor unidos, sobre todo para las gentes cuyos nervios llegan a adquirir la sensibilidad extrema, como la de una balanza de precisión, la cual se inclina al menor roce.

Examínese esta paradoja de los sentimientos del poeta, leyendo **LAS FALSAS APARIENCIAS** en las cuales se encuentran la fina sátira, la musa ligera, traviesa y juguetona, el carácter mismo de los guatemaltecos:

Cual nubecilla a discreción del viento,
o cual barca a merced de la laguna,
así vagando va mi pensamiento
sin que pueda fijarse en cosa alguna.
En mis lectoras sí, que ni un momento
las sé olvidar, mas tengo la fortuna
de que aunque a veces al turbión sucumbo
torno a seguir el primitivo rumbo...

En los tres primeros versos copiados, CUAL NUBECILLA A DISCRECIÓN DEL VIENTO, O CUAL BARCA A MERCED DE LA LAGUNA, ASI VAGANDO VA MI PENSAMIENTO, la belleza del concepto corresponde por modo admirable a la armonía de las palabras. El poeta expresa con sencillez y naturalidad el movimiento de la nubecilla, o el deslizarse de una barca en la laguna. Parece que él mismo lo ha observado con una sensibilidad exquisita, que el mismo surcó las ondas del lago, mecido dulcemente por la brisa.

Y así fué sin duda porque no solamente vivió en la Antigua, deleitándose en la contemplación del arroyuelo El Pensativo, sino también en Amatitlán, cerca de un pintoresco lago que en el trayecto férreo de Guatemala a Escuintla se dilata, entre barrancos y arrecifes, con aguas tranquilas, que a las veces el viente chico estruja dulcemente.

· Más adelante dice:

Quando una jovencilla por el prado
vaga cortando y recogiendo flores
puesta la mente, ajena de cuidado,
en el dichoso fin de sus amores;
Si al cortar un pimpollo salpicado
de varios y bellisimos colores
toca un áspid oculto la doncella
se asusta el áspid y se asusta ella.

Anacreonta, Virgilio, el mismo Homero, habrían gustado versos tan fáciles, bellos y sentidos. Las imágenes y las palabras obedecen al poeta como a un ser amado y comprendido, con quien se deseara vivir siempre, desde la dulce y tranquila vida de la infancia.

Entra enseguida en la chispeante gracia, con malicia y donaire que también a muchos grandes poetas enorgullecerían:

No digo yo que siempre que estén juntos
un mozo y una joven en un lecho
se ocupen sólo en discutir asuntos
de historia, de moral o de derecho.
Todo tiene sus comas y sus puntos,
mas no se debe asegurar un hecho
si no es que de tan claro y de tan llano
se toque, como dicen, con la mano.

La sal abunda en esta estrofa, el ingenio sabe al paladar como la dulce miel de las colmenas.

Y prosigue:

Al entrar en mi casa cierto día
 vi a mi mujer en brazos de un extraño,
 o se me figuró que la veía,
 porque ella es incapaz de mal tamaño;
 y así luego pensé que aquel sería
 como son otros muchos, un engaño
 de los ojos turbados, y al instante
 me puse entrambas manos por delante.

Y así que me los hube restregado
 por cinco o seis minutos de seguida,
 vi a mi mujer sentada en el estrado
 sola y en su labor entretenida.
 ¿Qué tal? Si yo me hubiera gobernado
 por la vista falaz y fementida,
 ¿En qué viene a parar mi matrimonio
 mi casa y mi mujer? En el demonio.

Diga el lector sino se siente verdadero deleite en leer versos tan sueltos, tan musicales y por añadidura bellos.

Menéndez y Pelayo, dice, refiriéndose a la liviandad que se nota en las poesías citadas que «si hay casos en que puede ser lícita o a lo menos disculpable la tolerancia en materia tan resbaladiza, uno de estos rarísimos casos es, sin duda, el de Batres, con cuyos cuentos es imposible que deje de reírse a carcajadas el moralista más intransigente.»

Y más disculpable es tal liviandad, si se considera la época en que el poeta creció, época y sociedad que podrían compararse a la italiana de los tiempos de Boccaccio. El hombre no puede dar de sí más que lo que el medio ambiente le infiltra, de una manera sutil; verdaderamente inconsciente. Puede dilatar su fantasía, tal vez rebelarse contra el medio; mas para eso se necesita una educación distinta, vida contraria. Pepe Batres, como se ha visto, entre líos donairosos y gentiles y amigos de la infancia, alegres y picarescos, desarrolló su inteligencia.

Sea pues más disculpable de lo que piensa Menéndez y Pelayo, el primero quizás y el más ilustre de los críticos que han enaltecido como se merece al poeta centroamericano. (Permítaseme no decir guatemalteco, en gracia de que siento en el alma horror a las palabras que significan división y desunión de Centroamérica).

IX

Decía en líneas anteriores que por encontrados y muy diversos caminos aprende el hombre desde niño, en la contemplación de las cosas y los seres, en la reflexión y en el estudio incesante sobre todo aquello que se ve y se palpa. Niño a quien sus padres lograron des-

partar con cuentos y consejos, narraciones maravillosas y cierto abandono o descuidado en su crianza, de manera que no tenga siempre a mano la que pida, ni el puntilloso servicio de unos criados, ni el agasajo torpe e inconsciente, despierta sin duda alguna y se encamina a esfuerzos de la inteligencia y a cierto principio y desarrollo intelectual que le han de ser de gran provecho en el curso de los años. Y si los padres son inteligentes y discretos, graciosos en los consejos, esforzados en el trabajo de mostrar al niño los campos y las flores, el cielo y el horizonte, solícitos en hacerle comprender las excelencias del saber, ¿quién podría dudar que con tales artes y esmeros, la inteligencia infantil no se ha de encender con facilidad de imaginación, talento, ideales y esperanzas? Todo esto se dice que supo hacer con el gran poeta Horacio, su padre, un discreto y sabio liberto.

Porque en esto también concuerdan las leyes del desenvolvimiento intelectual con el hecho singular, pero demostrado, de que casi todos los grandes hombres tuvieron madre o padre inteligentes.

A cada segundo, a cada hora, el niño bien encaminado por sus padres y por los azares del infortunio encuentra causas de reflexión y sentimiento. Entra de lleno en el ejercicio de sus facultades mentales y adquiere hábitos de observación. Sus impresiones van creciendo. Va atesorando su cerebro caudal de cosas y conocimientos. Sigue creciendo la fuente lentamente como en el arroyuelo aumentan las aguas con las filtraciones del invierno, con las innúmeras gotas que caen del cielo. Los nervios se preparan de tal modo a recibir las impresiones del mundo exterior, la pupila se ilumina tanto, se acostumbra de tal manera a discernir entre las relaciones de los seres, que generalmente basta al hombre de genio un pequeño detalle, un oscuro contorno, un estado del alma, un rayo de la pupila, para comprender sus alcances, su belleza o su fealdad, el lado hermoso o el lado ridículo de las cosas.

Con lo estudiado respecto de la vida y obras de Pepe Batres, ¿quién podría dudar de que fué uno de los perseguidos, de los que por donde quiera encuentran estímulos para la observación, el pensamiento y el sentimiento?

Padres inteligentes fueron los suyos, genial su familia; abismada en período de guerras y luchas por su patria; prisionero él mismo, pobre, mísero, tratado injustamente por los de su tiempo; colmado de sentimientos, de idealidades, de afectos y aún de pasiones borrascosas.

Hubiera podido decir como Rousseau *todo lo he conocido*, con la diferencia para Pepe Batres de que no se arrojó nunca en los graneros y en la vida callejera, como el autor del EMILIO.

Lo conoció todo Pepe Batres; y de esta manera se fué formando hombre sensible, de fácil pensamiento, apto para apreciar todas las sutilezas, todas las diferencias, para comparar y discernir, para comprender las pasiones y refratarlas en sus versos, con bello colorido, ingenuidad y dulzura. Leyéndole se le comprende más. Se había arreglado en él con tal maravilla la aurea madeja de sus pensamientos,

que jamás tuvo dificultad en desenvolverla, tranquila, suave y armoniosamente, ora agitada y tumultuosamente como tormenta y como mar, según las pasiones que le herían.

Véase el colorido con que suele describir en DON PABLO.

Sucedió, pues (y es cuento verdadero bajo nombres supuestos y fingidos) que había en Guatemala un caballero, de estos antiguos tipos escogidos, rico de cuna y rico de dinero, de setenta años largos y tendidos, llamado don Pascual, ¡que de Dios goce! de aquellos que comían a las doce.

Hombre de honor, viudo, buen cristiano, de calzón corto, bata de indianilla, chupa bordada, capa en el verano, zapatos en invierno, con hebilla, péluquín con coleta, barbicano, de carey los anteojos, sin patilla, que rarísima vez los ocupaba, pues sólo para leer los empleaba.

Vestíase a las seis de la mañana, iba a misa, tomaba chocolate, asomábase un rato a la ventana, rezaba el PERI, DOMINUM LAUDATE, sentábase a comer con buena gana, fumaba su cigarro por remate, dormía siesta, y cuando no dormía, la cabeza sin falta le dolía.

Por la tarde a Nuestro Amo visitaba, después del chocolate de ordenanza, y como la mañana, se pasaba todo el resto rascándose la panza; a la oración el ANGELUS rezaba, a las ocho se hincaba sin tardanza a rezar el rosario y la novena, y a la cama llevábanle la cena...

Dudo que se pueda hacer descripción más acabada y exacta de los usos y costumbres de los padres de familia de aquel tiempo, en tan cortos, pero tan bien rimados y musicales versos, fáciles e ingenuos.

Dudo de que existan muchos poetas, antiguos o modernos, capaces de una tal belleza de pensamientos, gracia y gentileza en el decir.

Después de recorrer y extasiarse en otras estrofas semejantes, se lee esta bellísima descripción:

Según el uso, el hijo era estudiante
con beca en el Colegio Tridentino;
tenía buen talento, era pujante,
buen mozo, muy travieso y libertino
nunca pudo pasar muy adelante
en el idioma clásico latino,
pues por más que estudiaba y que leía
sólo el FEMINEIS JUNGES retenía.

Era mozo excelente y estimado,
de buen brío, de gala, de maneras,
liberal, comedido y esforzado,
enemigo de libros y tonteras,
de buen humor, chistoso, enamorado,
que escogía muchachas como peras,
osado y atrevido como un diablo,
y este hijo llamábase Don Pablo.

Es un retrato que maravilla, que deja en el ánimo del lector la idea clara del personaje. Parece que se le mira, a la puerta de su casa o en la calle, con aire de conquistador y libertino, el sombrero ligeramente inclinado y la frente alta y orgullosa, como representación exacta de las ideas modernas, que comenzaban a introducirse en las generaciones de aquel tiempo.

X

Estas acabadas pinturas y descripciones traen a la mente la idea de que el poeta retrataba hombres y cosas conocidas, fiestas en las cuales tomaba parte, damas que habían pasado o vivido cerca de él. Indican que se introdujo de lleno en la vida real y en las pasiones y que todo lo observó y estudió con sus propios ojos y su sensible corazón.

Léase en comprobación esta bella estrofa, de la misma primera parte de DON PABLO, en la cual se siente el volar de la abeja sobre las flores y casi se escucha el rumor de sus alitas, tal es la inimitable cadencia del verso:

Así como la abeja codiciosa
las más hermosas flores se destina,
ya chupa en un jazmín, ya en una rosa,
ya se aplica a la dulce clavellina,
ya blandamente sobre el nardo posa,
ya al fresco lirio alegre se encamina,
tal don Pablo en las flores que cogía,
no digo abeja, enjambre parecía....

¿Quién, al leer esto no adivina al poeta, inspirado cerca de las flores, en el jardín, tras la abeja rumorosa que chupa, que bebe el néctar con que alimentará a sus hijos?

¿Y quién que conozca las poesías del dulce Virgilio o del griego Anacreonte, podría negar la semejanza entre estas bellezas literarias del centroamericano, no bien ponderado todavía, con las bellezas de aquellos inmortales poetas de la antigüedad?

Para demostrar mejor lo que voy diciendo, copio a renglón seguido otras dos estrofas del mismo DON PABLO:

No perdía el mancebo la paciencia,
y por medio de cierto pajecito
a la ingrata pedíale licencia
de hablar con ella a solas un ratito.
Cansada al fin de tal impertinencia,
díjole ella: —VE Y DILE A DON PABLITO
QUE ES IMPOSIBLE HABLARLE..., QUE NO PUEDO,
PORQUE A MAMA LE TENGO MUCHO MIEDO.

Me trae esta respuesta a la memoria,
como si fuera ayer, una aventura
que a mí me sucedió; pero es historia
muy larga de contar y muy oscura.
Amada Emilia, ¡Dios te tenga en gloria!
descansa tú en la frfa sepultura,
mientras yo, por sustraerme a mi tormento,
vuelvo a tomar el hilo de mi cuento.

.....

Nótese que el poeta hubiera podido pasarse sin esta segunda estrofa, pero también se nota que no pudo. Hay en ella un triste recuerdo, que sin duda vino a la mente por asociación de ideas, como acontece siempre a todos aquellos que suelen o saben trasladar al papel sus impresiones y sus creaciones.

Esta estrofa permite comprender mejor la idea ya expresada atrás, de que Pepe Batres amó con demasía, y que ese amor desgraciado le atormentaba, obligándole a prorrumpir de cuando en vez en acentos inmortales de ternura, cual otro Dante o como un Petrarca centroamericano.

También son reveladoras sus poesías, en cuanto a su temperamento amoroso y ardiente. La timidez de que se le juzga poseído, fué sin duda efecto de voluntad, de retraimiento impuesto por la misma imposibilidad de encontrar mujer que comprendiera los arrebatos y la excelsitud de su alma.

Confirmación de estos asertos son también los siguientes versos intensamente sentidos:

Llegó, en fin, y el amante venturoso
al pie del coche a recibirla vino.
Nunca se ha visto talle más gracioso,
mano mejor formada, pie más fino,
cuerpo más torneado y voluptuoso,
rostro más celestial y peregrino;
mas en esto de formas seductoras
¿quién puede competir con mis lectoras?

Pablo en el coche se subió primero,
y tomó de la mano a su futura,
que apoyó en el estribo el pie ligero
y volvió la cabeza con presura
antes de levantar el compañero,
haciendo una bellísima figura,
porque creyó escuchar algún ruido
a modo de suspiro comprimido.

Suspensos ambos, Isabel y Pablo,
en esta situación permanecieron
como dos figurines de retablo,
de cuya posición no se movieron,
ni respiraron hasta ver qué diablo
era aquel ruido que los dos oyeron.
Quédense, pues, así por un momento,
que necesito de tomar aliento.

.....

Grande observador y sin duda experimentador de estos enredos amorosos debe de haber sido quien con tanta exactitud retrata los terrores que a los enamorados asaltan en semejantes lances. Véase cómo en los principios de la 2a. parte de DON PABLO completa la idea del terror de los mancebos:

Hemos dejado a Pablo y a Isabela
formando un cuadro hermoso y acabado,
suspensos en la angosta portezuela
por el rumor que habían escuchado;
pero ni registrando con candela
habrían mis lectoras reparado
en este cuadro oculta otra figura,
del arco del portal en la moldura.

Era ésta, en buenas cuentas, doña Luisa
 que viendo levantarse a la doncella,
 se levantó también a toda prisa
 de la cama, y se vino tras la huella,
 juzgando con razón que no iba a misa,
 y procuró ocultarse detrás de ella;
 mas cuando al cabo descubierta vióse,
 entre los dos, de sopetón, plantóse.

No queda tan atónito y turbado
 un círculo de niños inocente,
 si en medio de sus juegos, un criado
 asoma, rechinándoles los dientes,
 con máscara de diablo disfrazado,
 como quedaron nuestras pobres gentes
 al ver aparecer a Doña Luisa
 en chinelas y en faldas de camisa.

Esta comparación es verdaderamente encantadora, de una exactitud que deleita. Parece que aconteció al poeta; que cuando niño pasó también por esos sustos e impresiones; y que cuando el hombre pasara por los incidentes romancescos que relata. No tengo temor en reafirmar, creyendo convencidamente hallarme en lo cierto, lo mismo que antes dije: que Pepe Batres participó durante su vida de todas las impresiones alegres y tristes y que fué un poco inclinado a las aventuras galantes y livianas, e igualmente a las pasiones profundas y duraderas.

No se puede creer otra cosa de un poeta a lo Quevedo, gracioso y original, caballeresco también, inclinado a lo hermoso y a lo bello, enamorado de damas y doncellas. ♪

Atrás dejé de intento, sin llamar la atención sobre ellas, otras estrofas de la misma composición, demostradoras del mismo aserto, de que el poeta todo lo experimentó o penetró por sí mismo:

Dentro del coche oculto y silencioso,
 adelantando dichas en su mente,
 esperaba el momento delicioso
 y contaba las horas impaciente.
 Ya reinaba el sosiego y el reposo,
 y a la trémula luz que despedía
 el farol moribundo respondía.

Eran a la sazón las doce dadas,
 hora fatal en todas las consejas;
 no había más rumor que las pisadas
 del buho patrullando por las tejas,
 o las mulas tirándose patadas,
 o el perro sacudiendo las orejas,
 rumores que bien saben mis lectoras
 que no suelen faltar a tales horas,

Por el desierto corredor se veía
 blanca sombra avanzarse lentamente,
 que venir hacia el coche parecía,
 con paso incierto, tímido y prudente.
 El corazón a Pablo le latía
 y a Isabel por motivo diferente,
 pues venía temblando y con razón,
 que no era para menos la aflicción.

.....

Mal podría escribir de esta guisa quien nunca hubiese experimentado esos singulares rumores de la noche silenciosa, el palpar temeroso del corazón dentro del pecho, el ansia suprema de esas citas a deshoras. Se mira, al leer esas estrofas, al mismo Pepe Batres marchando cauteloso, concurriendo a la cita por entre ruinas y paredes antiguas, en las cuales suelen patrullar los buhos; tal vez en la misma ciudad de la Antigua en donde el poeta vivió un lustro, dedicado a ensayos y lecturas literarias.

Se desprende también de todo eso la verdad de que Pepe Batres era hombre discretísimo y leal, como lo necesitan las mujeres inclinadas a lances de secreto y puntilloso amor, el cual no ha de salir de los guardadores muros del hogar, ni de la noche apacible y misteriosa.

Pepe Batrés guardó con verdadera hidalguía sus empresas amorosas, sus ansias y sus anhelos, y en esta sea también debidamente admirado como caballero y bien nacido.

XI

El lenguaje de los grandes escritores se impregna, sin que ellos mismos, puedan evitarlo, de sus propios sentimientos, de su espíritu, carácter e idiosincrasia; y por esto el hecho sanciona aquel principio ya evidente y demostrado de que el estilo es el hombre, no en poetas o pensadores medianos, formados solamente con la lectura, y la imitación de los clásicos o maestros de la literatura sino en los verdaderos genios.

Este principio es un medio o modo de reconocer a los hombres de genio en sus propias obras y de escudriñar lo que fueron, las mismas circunstancias de su vida y obras. Pepe Batres no escapa tampoco en esto a la ley; entra en ella de lleno, con una concordancia notable entre su estilo, sus ideas, sus sentimientos y su biografía.

Leyéndola se adivinan los paisajes, las costumbres, las pasiones de su tiempo, sus aficiones, su estudio de la naturaleza, su espíritu contemplativo y los desengaños que en todas épocas de la vida padeció.

Muchos pasajes se han citado en comprobación de estas verdades; pero todavía se podría citar más, tomados de EL RELOJ, poesía llena

de bellezas literarias, discretas y donosas, de naturalidad y facilidad inacabables. Describe, por ejemplo, a la heroína de su cuento, y dice:

Doña Clara, además de su hermosura, (porque este era su nombre: Doña Clara) que en verdad parecía una pintura, tenía un cierto no sé qué en la cara y una cierta expresión en la figura, que el más hábil pintor no la pintara y un mirar, y un reír con un salero capaz de volver loco al mundo entero.

Sobre su pie brevísimos y pulidos que apenas al andar dejaba huellas, al ondular las faldas del vestido podíanse entrever sus formas bellas: la encarnadura, el torno, el colorido que adivinaba el pensamiento en ellas, contrastaban lo fino, lo gracioso de su talle flexible y voluptuoso.

Además, al tocar el forte piano si no igualaba a Adam en la destreza, le excedía en lo lindo de la mano y en llevar el compás con la cabeza; su voz era un dulcísimo soprano; no diré que cantara con limpieza, mas si algún desentono cometía, su buena dentadura lo suplía.

Aunque de fierro, aunque de mármol fuera, ¿Dónde encontrar un corazón tan frío? que a tantas cualidades resistiera? Seguro está que no sería el mío; y si tan arrogante alguno hubiera yo quisiera aceptar el desafío, en mirando bailar a Doña Clara las orejas apuesto a que la amara.

Don Alejo la vió y un cierto fuego de nueva calidad sintió en el alma desazón, inquietud, desasosiego, que le robaban su primera calma; bien habría querido desde luego, añadir a las otras esa palma, grabar en su blasón esa conquista, ese nombre agregar a aquella lista.

Todo esto no es un simple juego de palabras; es más bien un retrato de algo que el poeta conocía, de ideales que guardaba en el alma, sobre alguna encantada dulcinea.

Enseguida muestra, con originalidad pintoresca, la timidez que sus biógrafos le atribuyen, poniéndola él mismo en el continente y las expresiones de Don Alejo:

Mas no era fácil semejante empresa
con mujer tan preciada y orgullosa,
que se tenía en más que una princesa
y tenía más humos que una diosa;
mujer que su virtud guardaba ilesa
por vanidad y no por otra cosa;
ni este orgullo sallale a la cara
que antes era un almíbar doña Clara.

Por eso don Alejo el atrevido,
el audaz don Alejo vacilaba,
que nunca había cosa tal sentido
como la que esta bella le inspiraba.
Por más planes que hubiese concebido,
así que en su presencia se encontraba
todo el plan se cambiaba en un enredo
de duda, amor, placer, valor y miedo.

Estos son estados de alma tan bien descritos y sentidos, que sin duda se posesionaron del poeta en más de una ocasión. Por eso supo describirlos con tanta propiedad, y por ello puede afirmarse sin vacilación lo que afirman sus biógrafos y sus obras demuestran, esto es, que amó, que sintió profundas pasiones y que le hirieron desdenes y orgullos de mujer.

Más adelante agrega:

Don Alejo en sus mientes cavilando
lindas frases había prevenido
para decir su amor en tono blando,
patético, elocuente y comedido,
cual convenía al caso; pero cuando
vió, faz a faz al dueño apetecido,
sin poder proferir un solo acento,
perdió el color y le faltó el aliento.

¡Cuántas veces pasaría el mismo Pepe Batres, sediento de amor y de pasión, por esos singulares trances de enamorado! ¡Cuántas veces se diría él mismo, colérico y triste!

Lengua de Barrabás, que en los pasados
 tiempos, para mentir falsos amores
 veloz en gabinetes y en estrados
 parecías redoble de tambores,
 a manera de ciertos diputados
 que quisieron pasar por oradores.
 ¡Cómo diablos ¡oh lengua! enmudeciste
 hoy que decir una verdad quisiste?

.....

Y prosiguió: mujer yo te aborrezco
 mujer falaz, artificiosa, ingrata!
 al escuchar tu nombre me enfurezco
 porque es tu nombre tósigo que mata!
 yo no quiero tu amor, yo no apetezco
 tu corrompido corazón de plata,
 que sólo vibra al retintín del oro!
 mujer... ¡maldita seas!... yo te adoro.

Yo te adoro, es decir, a pesar mío;
 te aborrezco y te adoro juntamente,
 como se juntan el calor y el frío
 en el sudor glacial que arde mi frente.
 Yo perdonara tu desdén impío:
 mas antes me arrojara en un torrente
 que perdonarte tu sangrienta mofa!
 (es algo metafísica esta estrofa).

Por una genialidad encantadora se burlaba de sí mismo escribiendo de esta manera y recordando, como Cervantes, los lances en que se había visto en semejantes aprietos, enamorado de doncellas y damas linajudas, para relatarlos por boca de sus personajes; y si esta opinión no fuese bastante, léase, su profesión de fe, en materia de amor:

Yo creo en el amor sentimental
 y creo en la amistad del corazón
 y en el gusto también condicional
 de Rousseau, de Voltaire, de Ricarsón
 (con acento en la sílaba final);
 creo en la simpatía, en la atracción
 de la filosofía de Rousel
 y si otro amor hubiere, creo en él.

Creo también, lo digo con verdad,
 en el desinterés de la mujer,
 en su fina y constante lealtad,
 en su modo sublime de querer;

la mujer es un ángel de bondad
incapaz de engañar o de ofender;
ni tiene gracia que lo diga yo,
ellas mismas dirán si es cierto o no.

.....
.....

Creía en todos los amores, puesto que todos los sintió: el liviano y el profundo, el sentimental y el práctico, si se me permite emplear una expresión enteramente moderna. Creía en todos los afectos y todo lo trasladó al papel, de manera que encanta y maravilla, alegre o tristemente, por el lado ridículo o por modo heroico.

XII

Observador furtivo, sagaz y perseverante, profundo en el conocimiento de los detalles y el conjunto debió ser quien de la siguiente manera supo describir las fiestas de su tiempo:

De gentes se cuajaron las esquinas,
de damas se adornaron los balcones,
colgáronse los muros de cortinas,
se alegraron las calles con festones,
armáronse pendencias, tremolinas,
corrillos, carcajadas, estrujones,
pañuelos y sortijas se perdieron
y muchachas también... pero volvieron...

Al son de chirimías y atabales
los de Tlaxcala, claros descendientes,
llevando a cuestras arcos triunfales,
la marcha precedían diligentes.
Bellas plumas de pavos y quetzales
coronaban los arcos relucientes,
y otros indios vestidos de soldados
los custodiaban de arcabuz armados.

A caballo seguía la nobleza
en unión del ilustre Ayuntamiento,
ostentando su brillo y gentileza,
en selecto y lucido regimiento.
Cada corcel llevaba en la cabeza
un penacho o florón: el paramento
era de plata y oro, y erizadas
la cola y crin, con cintas enlazadas.

Cerraba la brillante cabalgata
la Audiencia y la Real Chancillería,
también bordado el traje de oro y plata,
más vistoso que el sol a medio día.
Vestido el Presidente de escarlata,
con más ostentación que un rey venía
trayendo a la derecha en su bridón
al alférez real con el pendón.

Por último venía, paso a paso,
el cuerpo provincial de los dragones,
de disciplina y de valor escaso,
en caballos muy flacos y trotones.
Al son de un mal tambor, sin hacer caso
de guardar formación, por pelotones,
con mucha gravedad y muy despacio
venía encaminándose a Palacio.

El lector escucha desde luego el mismo rumor de la cabalgata, y mira el retrato fiel de aquellas fiestas, de las cuales nos quedan recuerdos todavía en las de Agosto y otras conocidas en esta bella ciudad de Guatemala.

Con gracia inimitable enumera después a los concurrentes:

Pasó el primero Don Martín Lamprea,
muy estirado en una yegua baya:
tras él don Juan Gonorreitigorrea.
Natural de Pasajes, en Vizcaya.
Seguíanle don Sancho Bocafea,
don Luis Tenaza, don Andrés Malhaya,
don Blas Cabral y don Manuel Comada,
hombre de una nariz desaforada.

Venía don Crisóstomo Zamporda,
en un caballo negro salpicado;
don Bruno Rueda en una yegua torda
le seguía torciéndose de lado.
Cerca de él don Gregorio Panzagorda
hundía el lomo de un rocín melado
y el de un overo don José Portilla,
agarrado del pico de la silla.

En un zaino de trote furibundo,
don Tonino Lenguaza atrás venía,
el hombre más chismoso de este mundo
y el más cobarde que en el reino había.
Don Julio Mier iba a su lado, oriundo
de Carmona, ciudad de Andalucía,

LIBRARY 33 171 1 1
y con ellos don Marco Bahamonde,
corregidor que fué de no sé dónde...

.....
Luego describe la concurrencia de mujeres con la misma gracia
inimitable:

La Presidenta Doña Petra Almonda
era la principal, y su sobrina
Doña Lucía, natural de Bonda,
muy salada gitana y muy ladina.
Doña Isabel Sinnoes, linda y bionda,
Doña Inés Tresamantes de Pesquina
y Doña Cruz Malpara del Pezado,
les hacían la corte a cada lado.

Prendida la mantilla con hilvanos,
muy mirrada en su silla le seguía
doña Coronación de Cienfustanes,
después doña Tomasa de Maldia,
guiñando el ojo a todos los galanes;
luego, doña Joaquina Cararpia,
con el rostro muy seco y afligido
por la muerte del séptimo marido.

Estaba allí doña Rosita Alfaca,
cuñada de un oidor de campanillas
y doña Dorotea Toma y Daca,
que cantaba muy bien las seguidillas.
También doña Ana Espín, señora flaca,
empeñada en cubrir las pantorrillas
de doña Engracia Ordez, señora gorda,
que a la solicitud se hacía sorda.

Doña Clara Roblete, por supuesto,
a todas excedía en hermosura,
en la tez, en la cara y en el resto;
y en el traje también, cuya pintura
haría si pudiera, más sobre esto
nada sé, ni de frases de costura.
¿qué entiendo yo de neugas, lazos, golaa,
bebederos, jaretas, ni escarolas?

Estas y otras bellezas sobrehumanas,
el mirador magnífico cubriendo,
parecían huries y sultanas,
que un bazar estuviesen presidiendo.
Gordas y flacas, jóvenes y ancianas,

en silencio, ¡oh prodigio!, estaban viendo
 pasar los caballeros, como digo,
 cual si fuese el ejército enemigo!

El poeta hace aparecer a su héroe don Alejo con todo el aparato
 y donaire necesario a la composición. No vacilo en copiar, seguro de
 que al lector agradarán estas bellezas literarias, de un sabor purísimo:

De repente un clamor estrepitoso
 se oyó rodar entre las damas bellas,
 y un volver las cabezas, y un ansioso
 mirar al mismo lado todas ellas.
 Así, al ver algún cuerpo luminoso
 el campo atravesar de las estrellas
 todos para mirarlo se voltean,
 y a la vez dicen todos: vean, vean.

¡Allá viene! ¡Allá viene!—¡Qué galán!
 ¡Don Alejo es aquel que se adelanta!
 ¡allá viene montado en su alazán!
 ¡qué planta de animal! ¡qué hermosa planta!
 estas palabras circulando van
 y el eco del rumor que se levanta
 va a repetir en su último reflejo:
 aquél es... allá viene... Don Alejo.

En esto despuntaba por la plaza
 más que Orlando gallardo el caballero,
 no cubierto de casco ni coraza,
 sino de una casaca y un sombrero.
 Ni llevaba montante, lanza o maza,
 ni pulido troquel de fino acero,
 mas un estoque armado en pedrería
 que del dorado cinturón pendía.

Eran de raso blanco los calzones,
 llegábanle no más que a las rodillas,
 cubiertas las costuras con galones
 y sujetos al cuerpo con hebillas.
 No diré que alcanzase a los talones
 la casaca, mas sí a las pantorrillas;
 de seda de Milán color de perla
 y hordada, que daba gusto verla...

Tenía el alazán la frente blanca,
 ancha nariz, cabeza breve y cuello,
 largo y delgado ijar, redonda el anca,
 robusto pecho, liberal resuello,
 rasgado el ojo, la mirada franca,
 el brazo negro, levantado, bello,
 que en tierra estampa el casco desdeñoso
 como quien pisa el cráneo de un chismoso.

.....

¡Naturalidad, belleza de estilo inimitables! Con la copia de estas estrofas nadie creerá que he sido osado en las comparaciones y paralelos que antes escribí sobre nuestro poeta y los grandes poetas antiguos y modernos.

En dos pasajes de esas estrofas habla Pepe Batres del chismoso con intensa sátira, por lo cual puede inducirse que su carácter fué franco y leal, hidalgo y generoso, de caballero cumplido.

Examinaba las cosas y las costumbres tan profundamente que en el mismo RELOJ, al describir la referida fiesta, agrega:

En confuso rumor los caballeros
 andaban ya buscando por las sillas
 látigos, abanicos y sombreros,
 y las damas prendiendo sus mantilas,
 y los criados llamando a los cocheros,
 y don Cornelio dando zancadillas
 por hacer reverencias sempiternas,
 con la espada enredada entre las piernas.

Las señoras en pie para marcharse,
 con abrazos sin fin se despedían;
 todas hablando juntas, sin curarse
 de lo que mutuamente se decían.
 Grato rumor que puede compararse
 al que presumo yo que formarían,
 por sonoras, por fuertes y por largas,
 de Waterloo las últimas descargas.

.....

XIII

Es encantadora la relación de los chismes y enredos que entre comadres, vecinos y villanos suelen soltarse como trahilla de perros celadores:

Y no quiero meterme en otra cosa:
 el hecho fué que en el siguiente día
 todo el mundo a Peléznex o a su esposa
 llegaba a preguntar qué hora tenía.
 Cada persona gárrula y ociosa
 alguna buena pulla prevenía
 que decir a los dos sobre el contrato:
 ¡Excelente relox! ¡Relox barato!

¡Ah!, Señor don Cornelio ¿qué horas son?
 ¿qué tal noche? ¿Madama durmió bien?
 muéstreme usted su nueva adquisición;
 ¡le doy a doña Clara el parabién!
 Digo, ¿qué significa ese chinchón
 que veo que le asoma por la sién?
 ¿Es cierto que asustaron a Madama
 ciertos ruidos debajo de la cama?

.....

—Vea usted—le decía Don Tonino—
 que don Alejo y su señora esposa
 parece que han tomado mal camino,
 siento el decirlo: delicada cosa
 es mezclarse en asuntos de vecino,
 pero por muy amarga y muy odiosa
 que sea esta verdad, yo se la digo
 para que vea usted que soy su amigo.

Don Sancho Bocafea le decía:
 —porque lo estimo a usted, señor Cabral,
 vengo a decir lo que callar querría;
 ¿cómo ha de ser? lo exige la moral.
 Parece que su esposa... Sentiría
 clavar a usted tan áspero puñal...
 díz que Veraguas es su... chichisveo...
 así lo dicen, pero no lo creo.

Don Luis Tenaza obró con más franqueza;
 sin rodeos ni excusas, ni sermones,
 le contó de los pies a la cabeza
 el suceso, con notas y adiciones:
 y para demostrarle la certeza
 de tal desgracia, a más de sus razones,
 le citó el testimonio de Malhaya,
 que hacía un mes vivía en atalaya.

.....

Refiriéndose a don Alejo y doña Clara dice el poeta más adelante, en la misma 2a. parte de EL RELOX, sobre idéntico tema:

Y en este caso don Alejo estaba,
de rivales envuelto y de vecinos,
cada paso observándole que daba,
y cubriéndole todos los caminos.
Por cualesquiera partes se encontraba
los Malayas, los Moscas, los Toninos,
de su conducta todos en acecho,
como si les tocase de derecho.

No es posible explicar lo que sufría
la triste Doña Clara por su parte,
que bajo el celo de Cabral vivía
como bajo la guarda de un baluarte.
Escuchaba sermones todo el día,
sermones adornados con tal arte
que producían el efecto propio
que producen tres gramos de opio.

.....

Tal pintura no podría ser más acabada. Se mira el mismo lector en el enredo, en los dimes y diretes, graciosos y punzantes, como se usan en pueblos castellanos. Admira uno el parecido entre Cervantes y Batres, por la donosa facilidad del estilo, siempre ameno, siempre suelto, siempre igual. El uno es inimitable en su prosa, como el otro es inimitable en el verso. Ambos, conocen las costumbres, ambos las describen con arte maravilloso, sin necesidad de ocurrir a rebuscamientos ni a invenciones. Todo es natural, todo es bello, todo ingenuamente relatado.

Cualquiera diría que un escritor jocoso como Batres, no podría ser grandilocuente, ni fácil para la inspiración elevada y majestuosa; y sin embargo, leyéndole encuentra el lector las composiciones AL SAN JUAN y el YO PIENSO EN TI, ya citadas, y además su oda AL VOLCAN DE AGUA:

Sobre la gran muralla americana
altivo torreón, vecino al cielo,
su cúspide levanta soberana,
a do jamás osó llevar su vuelo
la reina de las aves atrevida,
que en la cuna de Júpiter anida. 1

Gigante es Almolónca entre los montes,
fuerte, soberbio, grande entre los grandes
¡cuál domina millares de horizontes!
¡cómo huella la cumbre de los Andes!
¡cómo mira a su falda avasalladas,
de cien montes las cimas encumbradas!

Cuando animado el pensador profundo
de la sublime inspiración divina
quiere ver a sus pies el ancho mundo
y al vértice elevado se encamina,
¡cómo va sus ideas ensalzando
al par que va subiendo y va mirando!

Allá en su patria misma el fiero rayo
oye bronco tronar bajo su planta:
y el sol que el monte hiere de soslayo
y la nube que lenta se levanta,
y su sombra, contempla, que distinta
cual espectro en la atmósfera se pinta.

Verde, risueña, alegre, la campaña
que mil arroyos cruzan argentinos
divisa, y la ciudad y la cabaña,
y el cerro con sus bosques y sus pinos,
el lago de cristal, la fértil vega
y el río transparente que la riega.

Mira a un lado el Océano poderoso
cuyas ondas azules va lamando
la inmóvil planta al terrenal coloso.
Al Izalco, por otro mira ardiendo,
y allá en una comarca más distante
el Momotombo mira fulminante.

Y sin saciar su vista ni su mente,
por estrecho sendero y escarpado,
baja de la montaña lentamente
el sabio a sus ideas entregado;
Tal virtud, tal poder, tal fuerza encierra
¡aquel gran monumento de la tierra!

Se vuelve y ve de la montaña erguida
en la cintura atlética azulada
cándida zona en derredor ceñida,
y la sublime cúpula adornada
de suspendida nubecilla leve
deshecha y pura y blanca como nieve.

Y el filósofo en éxtasis admira
 las obras portentosas de natura
 y quiere comprenderlas y suspira
 al ver su presunción y su locura;
 y su saber y su razón humilla
 ante el autor de tanta maravilla.

Luego exclama el filósofo admirado
 «¿veis ese monte altivo y desmedido
 que tantísimos siglos ha pasado
 grande, soberbio, silencioso, erguido,
 cual monarca del norte de los Andes?
 pues ahí cerca hay otros dos más grandes.»

Y termina la hermosa inspiración. Quiero y debo confesar ingenuamente que al comenzar la copia de estos versos me propuse reproducir sólo una dos o tres estrofas, pero no pude. Cada línea me parecía más bella, y a medida que copiaba, sin poderme contener seguía, pensando interiormente que jamás me censuraría el lector este gusto de proporcionarle nuevas maneras y diversos modos de leer y saborear al gran poeta centroamericano.

¿Quién podrá dudar de que esa poesía tan bella y sugestiva no sea un relato fiel de las impresiones de su autor? El ascendió sereno y pensativo, animoso y alegre, en medio de tanta maravilla, sobre la alta y escarpada cumbre del volcán, y él mismo la vió ceñida de nubecillas deshechas y blancas como la nieve.

Esta composición resuelve también otro problema sobre la verdadera psicología del autor. Tenía conciencia de su mérito, apreciaba su obra, creía en su propio espíritu de sabio observador y en su amor intenso a la filosofía; mas como hombre de cerebro equilibrado, de voluntad genial, conocedor profundo de las miserias humanas, bien comprendió que su saber era pequeño y que bien poco vale la vanidad humana. Fué modesto, pues, por excelsitud de cerebro, por comprender y comparar, por la misma grandeza de su alma, que rechazaba toda pequeñez. Se consideraba pequeño por conocimiento de la suprema grandeza de lo creado. Se conocía, se apreñaba a sí mismo creía que muy poco había penetrado en las maravillas de la naturaleza, y debe de haber sonreído filosóficamente, muchas veces, pensando como uno de los ilustres griegos: SOLO SE QUE NO SE NADA.

Es cualidad esta muy propia de los hombres verdaderamente sabios, no de los poetas intonsos y presumidos, quienes con arreglar en forma musical unas cuantas palabras y consonantes, se creen grandes pensadores y artistas sin rival. En el verdadero sabio puede haber orgullo, conciencia de su propio valer; pero no presunción porque sabe bien que todo esto es pequeño y mísero y que la vida de un hombre y aún la vida larguísima de la humanidad no han servido para penetrar de lleno en los arcanos del Universo.

Eso se transparenta en las obras de Pepe Batres. Era un esclavo

recido, más esclarecido todavía por la profunda visión de su cerebro que por lo que había estudiado en libros y papeles. Pero también era un sabio, lector asiduo de los clásicos y los modernos.

Esa inspiración no es la estrecha inspiración de un escritor. No se encuentra en ella ese esfuerzo jadeante y trabajoso del que lima, frase por frase, idea por idea, entre las paredes de una oficina. Es la inspiración robusta, a las veces heroica, de quien sube por las cimas y los desfiladeros, sondea el ancho mar, el cielo infinito, el dilatado horizonte, la superficie iluminada de la montaña.

XIV

En resumen, las mismas verdades sobre el temperamento psicológico del poeta se descubren en la composición, LA TRANQUILIDAD, citada con suma penetración por el biógrafo tantas veces mencionado.

Por manera que quienes juzgan de modesto a Pepe Batres, yerran, si solamente creen en una modestia inconsciente, es decir, engendrada por absoluto desconocimiento de sus méritos; y están en lo cierto, si miran en su humildad la convicción del verdadero sabio, rebelde a las pequeñeces, ansioso de mayor saber, pero seguro de su talento y de sus ideales. El mismo retraimiento es una especie de creencia en la imposibilidad de encontrar en los demás una íntima correspondencia de afectos, y no la llamada poquedad de ánimo. Esta misma poquedad de ánimo es a las veces aparente en los hombres pensadores. Ocupados durante todos los momentos de la vida, revolviendo en el cerebro un mar de ideas y observaciones, desaparecen del mundo exterior y no se dan cuenta, mientras meditan, de lo que pasa cerca de ellos. Cuando les hiere un pensamiento, una idea, el cráneo comienza a palpitar, el alma se reconcentra en sí misma y todo lo demás desaparece. Los sentidos ven entonces para adentro. Todo se condensa en el espíritu. Si tropiezan, si les acontece algún ridículo percance, no son culpables de torpeza, sino de distracción y olvido completo de las cosas y lugares.

Puede en consecuencia afirmarse con toda exactitud que el poeta centroamericano fué un sabio verdadero, lo cual se demuestra no solamente por la alteza de su pensar, sino también por las lecturas que de manera fehaciente consta ocuparon mucha parte de su corta vida. Desengañóse temprano de ilusiones, quimeras y pequeñeces.

Esto se comprueba con las notas de sus biógrafos, sus cartas íntimas, sus obras y con las mismas circunstancias variadas y a las veces heroicas de su vida, pues se sabe de él por modo cierto que cuando la segunda entrada de Morazán a la plaza de Guatemala, peleó, bizarra y valerosamente en defensa de la ciudad. Aquel grande espíritu tuvo temple de alma muy digno de memoria, capaz de grandes acciones, digno de su patria y de su raza, ésta que ahora han dado en llamar los pseudo sociólogos degenerada y condenada a muerte.

Después se trasladó a la Antigua Guatemala, en donde vivió en la tranquila y dichosa compañía de su hermano Juan, disgustado de las

luchas, sólo con sus recuerdos y sus ideales de poeta. Como dice su biógrafo esa vida retirada «prestó a sus obras condiciones que la avaloran, y sin las cuales las más peregrinas dotes de ingenio en algo se deslustran o menoscaban.»

«De los veintidós años de edad a los veintisiete, nuestro poeta vivió encerrado en una casa de la ciudad derruida.»

Se aisló mientras el combate de las pasiones y de los partidos sonaba en el palenque. Él vivió entonces otra vida, la vida del poeta y del sabio, necesitado de soledad para sus concepciones y sus obras.

No debo pasar desapercibido al biógrafo este dato interesantísimo. De veintidós años de edad, es decir, apenas hombre...! Esto corrobora lo que atrás hemos dicho sobre la excelsitud del desarrollo cerebral, frecuente en los que desde jóvenes comienzan el ejercicio del pensamiento, reflexionando de continuo sobre todas las cosas y los acontecimientos. Cosas y acontecimientos pasaron en múltiple variedad ante los ojos escrutadores de Pepe Batres, pues su tiempo fué de transiciones y de cambios y de guerras y de luchas. La atmósfera soplabá con fuerza en el ánimo de todos, y por eso muchos hombres despertaron, escuchando el misterioso llamamiento del medio social, arrojados de uno en otro peligro y bajo el acicate de las ambiciones.

Tales son los grandes factores del desenvolvimiento intelectual de Pepe Batres: las penas y las zozobras que hincaron en él su torcedor desde que enamorado de su romance heroico partió como Cervantes para la guerra, en edad juvenil, dando en una dura y estrecha cárcel, entre amigos ilustres y amenos libros, con los cuales cultivó su entendimiento y modificó sus inclinaciones; la pérdida ya referida de sus bienes; las persecuciones sufridas por la familia Montúfar; la cruel y dilatada prisión a que fué sometido el autor de sus días, anciano y necesitado de solícitos cuidados; la atmósfera política de entonces, caldeada con vapores de sangre y hondas pasionales; luego el retiro del filósofo, el estudio profundo de la naturaleza y del paisaje y las vendas de tristeza que consumían su vida como él mismo da a entender en un romance:

Es un joven desgraciado
como una rosa marchita,
frescura y color le quita
el sol que la ha marchitado.

Apenas la sombra queda
de la forma que perdió:
ya el olor se disipó,
no hay quien volvérselo pueda.

Era esa su vida, reagravada por el temperamento taciturno que las desgracias habían desarrollado en él.

Así, pues, el hombre se forja en consonancia admirable con el derrotero que su propia vida le señala. Por esta causa Pepe Batres copia

y transcribe su propia psicología, su propia vida, con notable facilidad y vehemencia.

Como hermoso coronamiento de los estímulos intelectuales, ya establecidos, tuvo el poeta la celebrada belleza de los paisajes antiguos y el pasear de continuo por las ruinas y los campos que los circundan, en compañía de mariposas, pájaros y noches de luna, silenciosas y apacibles, cerca de rumorosas y tranquilas fuentes:

Verde, risueña, alegre, la campaña
que mil arroyos cruzan argentinos,
divisa, y la ciudad y la cabaña,
y el cerro con sus bosques y sus pinos,
el lago de cristal, la fértil vega
y el río transparente que la riega.

Según el sentir de los que conocen la Antigua, ese es su aspecto, tal su belleza, semejantes sus contornos. Batres los injertó en su propia alma y de su alma salieron en dulce y arrebatadora poesía:

Se vuelve y ve de la montaña erguida
en la cintura atlética azulada
cándida zona en derredor ceñida,
y la sublime cúpula adornada
de suspendida nubecilla leve,
deshecha y pura y blanca como nieve.

Batres sintió, conoció y reprodujo la naturaleza de su cara patria, y los estados de su alma y de su vida de impresiones tan variadas y sugestivas. Por esto es más grande el poeta, porque pensó en su tierra, en su pueblo, y a ellos elevó, a ellos enorgulleció. En la propia alma de los lares patrios bebió la inspiración, en contraste con los poetas centroamericanos contemporáneos, que beben la inspiración en tierras extrañas y en las ideas ajenas como si no hubiera entre nosotros un mundo de bellezas, que esperan inútilmente cantares y poetas, y que si pudiesen llorar llorarían la muerte del inolvidable Batres Montúfar y de otros esclarecidos hombres de aquel tiempo, enamorados de su tierra y de sus lagos, de las almas cimas y las escarpadas sierras.

En dos cartas privadas, a las cuales alude Fernando Cruz el poeta se nos revela en su carácter íntimo, tal como se revela también en sus obras, lleno de sentimiento, inconsolable por la muerte de su hermano Juan y por recuerdos y ensueños que habiendo tomado asiento en su cerebro desde temprana edad, dejaron en su espíritu desilusiones y en contraste luces y pensamientos.

Materiales semejantes dieron genio y vuelos a todos los grandes pensadores antiguos y modernos; y si tales y tantas semejanzas se descubren entre el gran centroamericano y los poetas de más alto renombre, sea legítimo nuestro orgullo y merecido el puesto en que la literatura

tura y los críticos le colocan; y avergonzémonos de haber conocido y apreciado las delicadas bellezas de su estilo hasta que de allende los mares nos vino la consagración de su preclaro talento, prometiéndonos el mismo no volver a cometer tan bochornosa injusticia con los otros y los subsiguientes centroamericanos ilustres, con los que vayan muriendo y los que se vayan forjando.

Y no se juzgue tampoco cual ciertos espíritus superficiales suelen juzgar, que de nada sirve enaltecer al poeta muerto, que en vida padeció persecuciones y pobreza. Esto es irremediable, porque las cimas sólo se miran de lejos, y en el tiempo lo pasado es la lejanía. El glorificar a los grandes hombres sirve al fin como esperanza y como ejemplo. Es faro que se enciende ante los ojos atónitos de la multitud y llamamiento supremo a los cerebros fatigados y adormecidos.

Enalteciendo a los que fueron nobles y preclaros nos enaltecemos a nosotros mismos y demostramos que no de materia extraña a las razas humanas se formó la nuestra y que todo brilla y perdura cuando alguna fiebre nos alimenta y alguna ambición toma asiento y se desarrolla en nuestro pecho. Es siempre de los esforzados el triunfo.

Recordando a Batres, a Marure, Milla, García Granados y muchos otros eminentes centroamericanos; honrando la memoria de sabios maestros como Francisco Vela, iluminaremos la tierra fragosa, la escarpada cuesta que los países jóvenes han de salvar para llegar a la grandeza. Es bien sabido que los pueblos y los hombres son más grandes mientras más hondamente sienten el amor de la patria y el amor del saber. Atenas ilumina todavía al mundo con su doble aspecto de patriota y pensadora.

Sigamos su noble ejemplo.

XXV

Meses después del Centenario del poeta y de discernido el premio a este trabajo, leílo su autor a Don Pedro Molina Flores, nieto de aquel otro Molina, célebre en la historia de nuestra independencia, ilustre sin tacha, liberal sincero y desinteresado, patriota, sabio y modesto como hay pocos.

El nieto me dijo:

—Poseo documentos que comprueban su juicio sobre la vida y obras de Pepe Batres. Conservo varias cartas de su tío, Manuel Montúfar y ellas demuestran cómo padecieron esos hombres en las cárceles de El Salvador, y cómo en verdad debieron iluminarse con el desengaño y las penalidades los dos cerebros más jóvenes, el de Pepe Batres y el de Miguel García Granados.

Leí las cartas, y he creído conveniente publicar dos de ellas, en apoyo de mis conclusiones sobre el desarrollo intelectual del poeta.